manera: *Estos tiempos son tan largos, son tan cercanos á lo infinito, que se les podria llamar momentos de la eternidad.* —Dice un elocuente escritor político hablando del despotismo de los Estados del Asia: *En toda la historia de los pueblos de oriente no leemos un rasgo de un ánimo libre, sino el heroismo de la esclavitud.*

Toda la fuerza del sublime en estos pensamientos nace de la novedad de la espresion, esto es, de casar ciertas palabras que jamas habiamos visto juntas. Por egemplo: la *presa del sepulcro* como si fuera una fiera: *salir del tiempo* como de un aposento: *atar la persecucion á la sombra* personificando á entrambas: *sentarse la filosofía* como si fuese un ser animado: *tocar los siglos* como con la mano: la *sombra de la filosofía* como si fuese la de un árbol frondoso: *dar momentos á la eternidad, y heroismo á la esclavitud.* Todas estas metafóricas espresiones no pueden dejar de sorprender por lo nuevo y estraordinario.

Variedad en los pensamientos.—Hay otra clase de pensamientos que, ademas de lo grande, fuerte, y estraordinario, toman un gran incremento con la variedad de imágenes, mayormente en las pinturas y descripciones. Si, por egemplo, la vista de un mar sin límites es mas agradable que la de una grande laguna, es porque la mayor estension aumenta el placer, causando una impresion nueva.

Es, á la verdad, hermoso y plácido este grande espectáculo; pero la uniformidad continuada de su planicie, de su color, y de su constante sosiego, llega luego á enfadarnos. Para dar variedad y movimiento á esta pintura, se le añadirán nuevos accidentes que la hagan sublime mas

y mas. Si la tempestad personificada vuela en alas del aquilon envuelto en negros nublados, y precipitandose desde el Austro lleva arrolladas por delante las líquidas montañas del océano ¿quién duda que la sucesion rápida y variada de los formidables aspectos que presenta el trastorno de las aguas, no cause impresiones nuevas en nuestra imaginacion? Y si, para aumentar el horror de la tempestad, se añade la oscuridad de la noche, y las montañas de agua, cuya cumbre cierra al horizonte, se iluminan de repente con la repetida reverberacion de los relámpagos; este mar tenebroso, trocado en un instante en otro mar de fuego, formará por esta variedad, unida á la novedad y grandeza, una de las pinturas mas propias para asombrar nuestra imaginacion.

En el género descriptivo es gran primor del arte no presentar á la vista sino objetos en movimiento, hiriendo muchos sentidos á un tiempo si es posible. Por egemplo: el bramido de las olas, el silvido de los vientos, y el estallido de los truenos, han de aumentar en nuestro ánimo un secreto terror, al mismo tiempo que nos llena de una curiosa admiracion y deleite la vista del mar embravecido.

ARTICULO II.

DEL ESTILO ORATORIO,

Considerado en sus tres géneros.

Tres embajadores enviaron los Atenienses á Roma para alcanzar remision de la pena de 500 talentos que se les impuso por haber destruido la

ciudad de Oropo, que era de la jurisdiccion romana. Cada uno de ellos oró de por sí en el Senado clara y copiosamente. Y como todos tres eran filósofos de sectas y doctrinas diferentes, mostraron á los romanos tres maneras de perorar, de que hasta entónces no habian tenido noticia, y las tegieron con vario estilo, á egemplo de Homero que atribuye á Ulises oracion copiosa, á Meneláo corta y á Nestor mediana. Imitaron tambien en esto á tres provincias de Grecia, porque los Asiáticos eran abundantes y pomposos, los Aticos recogidos y sosegados, y los Rodios guardaban un cierto medio, asemejándose ántes á Esquines que á Demóstenes, ó á Hierocles, y á Monocles, quienes, á dicho de Ciceron, fueron dos hermanos, principes de los oradores asiáticos.

De los tres sobredichos embajadores, el primero que peroró fué Carnéades, académico, y usó de oracion copiosa con magestad y grandeza: el segundo, Diógenes, estoico, el cual habló con palabras sencillas, aunque con sabiduría agraciada y sutil; y el tercero, que era Cratiláo, peripatético, usó de estilo mediano, aprovechándose de los otros dos con moderacion. Á todos tres respondió de repente el Senador Celio, el cual con su pronta agudeza de ingenio los imitó de tal suerte, que no ménos admirados quedaron los tres filósofos que todos los senadores.

Dionisio de Halicarnaso divide en tres clases los caractéres generales del estilo, con los nombres de *austero*, *florido*, y *medio*. Distingue al primero por su energía y robustez, en que tiene poca parte la suavidad y el ornato, y pone por modelo á Tucídides entre los prosistas: al segundo, por su ornato, fluidez, y dulzura, en que campea mas el número y la gracia que la energía, señalando por egemplo á Isócrates entre los oradores: y al tercero, como que participa de los otros dos, y de sus virtudes.

Ciceron, y Quintiliano dividen tambien el estilo en tres géneros segun sus diversas calidades y son el *sencillo*, el *grave*, y *el medio*. Los mas de los retóricos han adoptado despues este sistema, dándole diferentes interpretaciones é ilustraciones á cada una de las tres clases. Llaman al *sencillo* tenue ó sutil; al *grave* vehemente y levantado; y al *medio* templado.

Clasificadas retóricamente estas diferencias de decir, se señala comunmente al género *tenue* para el estilo epistolar, para los libros de entretenimiento y donaire, y para los asuntos doctrinales donde, aunque se traten cosas sutiles y agudas, para mayor claridad é inteligencia de lo que se disputa y enseña se tratan con palabras comunes y ordinarias, claras y significativas. El segundo género, que es el grave ó vehemente, se ha de tratar con lenguage levantado, ilustre, y artificiosamente adornado. Si para el primero bastan la gramática y la dialéctica, para este es necesaria la elocuencia. Este estilo resplandece en los panegíricos, arengas, y razonamientos serios, y en las composiciones heróicas. El tercer género está entre el tenue y grave; y así se llama *templado*, porque guarda un medio entre los dos, sin caer en lo humilde, ni subir á lo sublime.

El que escribe ó habla, ha de advertir la naturaleza de las cosas para acomodarse á ella, y considerar que en una misma composicion ó discurso será necesario usar de los tres estilos segun

se ofreciere. Así pues, llamarémos hombre elocuente al que sabe decir las cosas pequeñas con sencillez, las grandes con vehemencia y magnificencia, y las medianas con cierta templanza.

§. I.

ESTILO SENCILLO.

Este género, cuyo carácter principal consiste en la claridad, precision, y sencillez, conviene con mas propiedad á la narracion, y á las pruebas del discurso oratorio: porque es un estilo que, desechando toda afectacion y compostura, reprueba generalmente los adornos, y solo admite los simples y naturales. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta naturalidad y pureza en el lenguage, que mas se deja gustar que conocer, forman su hermosura, modesta y suave, que saca su mayor realce de su misma negligencia y poco aliño.

La sencillez ha sido siempre prenda de ánimos generosos; porque obra en ellos mas la naturaleza que el arte, y se muestra mas el hombre que el escritor. No por esto se ha de entender por estilo sencillo una frase incorrecta, grosera, y demasiado humilde, indigna del decoro de la elocuencia, que se acomoda muchas veces con lo llano, pero jamas con lo plebeyo.

El estilo sencillo, aunque perfecto en su género y acompañado de cierta gracia natural, puede ser mas acomodado para enseñar, probar, y aun deleitar, que eficaz para imprimir afectos grandes de admiracion, ó terror, que constituyen la vehemencia y calor de la elocuencia. Una hermosura sencilla y natural tendrá su gracia particular, mas nunca poder para arrebatar los ánimos.

El estilo que por su igualdad deja tranquilo al orador, nunca podrá conmover y encender el corazon de los oyentes; porque, como la persuasion camina derechamente al entendimiento, y la mocion al ánimo, no todos los que se dejan persuadir se dejan conmover. A los primeros se ponen las verdades para que las conozcan, sacando de los principios las conclusiones; y á los segundos, para que las abracen, sirviéndose á este fin del movimiento de los afectos. Las de la primera especie podrán necesitar de pruebas largas y difíciles; mas las de la segunda rara vez las necesitan; y aun entónces han de ser fáciles y breves, porque se nos probará muy bien por principios que una cosa es verdadera; pero, para que la amemos, es necesario hacernos sentir que es digna de ser amada.

No es otro el motivo porque casi siempre nos agrada lo sencillo, sino porque es mas conforme á nuestra naturaleza. Sin embargo es el estilo mas difícil de acertar, porque está precisamente entre lo noble y lo bajo, y tan cerca de lo último que pide gran tino para no rozarse con él. En la sencillez se cifra bellamente la brevedad, y á esta sienta bien lo grave. Los comentarios de Cesar merecen mucho aprecio por su simple, pura, é ilustre brevedad. A este gran General debieran imitar todos los príncipes y capitanes deseosos de escribir, ó mandar de palabra; porque de él sacarian no solo egemplos de valor y de grandes hazañas, mas tambien doctrina de bien hablar, y aquella sabiduría que, así como es

fundamento de todas las cosas, lo es tambien de la elocuencia, como dice Ciceron.

El habla y el razonamiento del varon político que aconseja y manda á la república, no ha de ser aguda, peregrina, galana, ni florida para vana ostentacion; sino simple, grave, y prudente, para persuadir con el peso y verdad de las razones. Oigase la gravedad y sencillez de este trozo de narracion, en que un autor habla de la guerra del último triumvirato, de esta manera: *Lépido queda solo en Roma: Antonio sale con Octavio al encuentro de Bruto y Casio; y los halla en aquellos pasages donde se peleó tres veces por el imperio del mundo. Bruto y Casio se dan la muerte con una precipitacion que no es perdonable; y este pasage de su vida no se puede leer sin compadecer á la república que dejaron asi desamparada.*

Leemos en otro autor político moral este otro egemplo de sencillo, claro, y conciso modo de narrar, en que se mezcla lo fácil con lo sentencioso: *Entendiendo Tolomeo la venida de M. Caton, desesperado de hallar en él clemencia, se dió la muerte con un tósigo. Sabido por Caton, dióse prisa; y llegado á Chipre, hizo la venganza por avaricia lo que no pudo hacer por ira. Y vendidas en pública almoneda las riquezas y halajas del rey, llevó á Roma el precio cobrado.* ¡Cuán grave y afectuoso al mismo tiempo es este trozo de narracion lleno de una noble sencillez que hace mas interesante el asunto; escitando una compasiva meditacion en cualquier ánimo no vulgar! El que así escribe, es un autor nuestro del siglo XVI. poco leido á mi parecer. *Pueblos hubo tambien que por no sufrir servi-*

dumbre dieron fin á sus dias ántes que rendirse á la clemencia del vencedor. Los Jáncios, desesperados de poder defender su libertad, se mataron los unos á los otros: lo cual, visto por Bruto, dió un gran suspiro, habiendo compasion de la infelice suerte de los que pelean por la patria; y estuvo un gran rato sin hablar palabra, revolviendo quizá en su ánimo la instable condicion de las cosas humanas; ó considerando cuan poco venturosos son los que ofrecen sus vidas por la comun libertad.

En la pintura que hace el Maestro Oliva de la vida campestre se leen todas las gracias de la pura y simple narracion, como se manifiesta en este egemplo: *Los que labran los campos, no son esclavos de los que moramos en las ciudades, sino nuestros padres, pues nos mantienen. Con sus egercicios no sienten el frio, y del calor se recrean en las sombras de los árboles. Desde allí oyen el canto no enseñado de las avecillas, y ellos tañen sus flautas, ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, mas atormentadores de la vida humana que los frios y calores. Allí comen su pan, que con sus manos sembraron, dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta; y asi viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no mas conocimiento de las cosas que el que es menester para gozarlas.*

En esta composicion la diccion es simple y elegante: los sentimientos afectuosos y suaves; las palabras saben al campo y á la rustiquez de la aldea, pero no sin gracia, porque se templa su rusticidad con la pureza de las voces propias al estilo.

Hay tambien otra especie de estilo sencillo cuya naturalidad saca su vigor y belleza de la ternura de los afectos. Los blandos y amorosos sentimientos se espresan mejor llana y desnudamente que compuestos y vestidos de conceptos y ornamentos: porque el candor y la pureza suplen la falta de la elocucion espléndida. Y no es pequeño trabajo tratar bien estos afectos sin valerse de los colores y figuras de la oracion, y de la hermosura y fuerza de los epítetos; porque, sin mucho cuidado, corre peligro el que escribe desnudo de la exornacion retórica de abatirse al estilo inculto y humilde. Oigamos al afligido Priamo echado á los pies de Aquiles despues de haber este quitado la vida á su hijo, que le habla de esta manera: *Acuerdate Aquiles, de tu padre que tiene la misma edad que yo, y ámbos gemimos con la carga de los años. ¡Ay! tal vez le acometen los vecinos enemigos, sin tener á su lado quien pueda defenderle. Pero si ha oido decir que vives, su corazon se llenará de esperanza y gozo, aguardando el momento de volver á ver á su hijo. ¡Qué diferencia de su suerte á la mia! Yo tenia mis hijos, y los he perdido todos.... Cincuenta contaba en mi casa cuando llegaron los griegos: y el único que me restaba, hoy acaba de fenecer por tu mano al pie de los muros de Troya. Vuélveme su cuerpo, recibe mis dones, respeta á los dioses, y lastimate de mí..... mira á lo que estoy reducido..... No ha habido monarca mas humillado, ni hombre mas digno de compasion. Aquí estoy á tus plantas, y te beso las manos teñidas de la sangre de mi hijo.*

En este discurso no se descubren ni pompa de figuras, ni ostentacion de sentencias, ni afectacion de sentimientos; solo aparecen la verdad, la naturalidad, y la ternura que cada uno seria capaz de hallar como el mismo Homero. En otra parte nos pinta la sagrada Escritura un príncipe en la hora de morir: *He dicho: en medio de mis dias voy á morir, y he buscado el resto de mis años. He dicho: no veré mas á mi pueblo; y mis ojos, cansados de volverse hácia el cielo se han cerrado.*

En el estilo sencillo la elevacion y magestad están siempre en el asunto, porque la grandeza del pensamiento dispensa del artificio de una relevante espresion. De aquí proviene que el carácter que predomina en el estilo de los libros sagrados es la sencillez: calidad conveniente á la magestad é importancia de los objetos. Y si, á pesar de esta sencillez de la Escritura, hay pasages hermosos y brillantes: es evidente que esta hermosura y brillantez no nacen de una locucion estudiada, sino de la naturaleza de las cosas que allí se tratan.

¡Qué magestad y simplicidad al mismo tiempo no encierra el primer pasage del Génesis! *Al principio crió Dios el cielo y la tierra.* ¿Qué escritor, habiendo de narrar cosas tan grandes, hubiera comenzado como Moises? ¿No se conoce que es el mismo Dios quien nos instruye de una maravilla que no le admira, porque es aun muy inferior á su poder? Un historiador comun hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la espresion á la grandeza de la materia; mas la eterna sabiduría lo refiere sin conmoverse.

Al contrario: los profetas que se proponen el fin de hacernos admirar las maravillas de la crea-

cion, hablan de esta grande obra en estilo muy diferente. Luego dirémos que son las distintas circunstancias que determinan el intento del orador ó escritor, las que deben decidir el estilo que se puede adoptar para tratar un mismo asunto.

Al estilo sencillo pertenece tambien el familiar; y el saber templar la sequedad y seriedad de un asunto con la franqueza y donaire de este estilo, sin faltar al decoro, no es pequeño mérito en un escritor. En este arte fué feliz y discretísimo nuestro inmortal Miguel de Cervantes, y antes de él el Bachiller de Ciudad-Real en su Centon Epistolar, y ultimamente en el reinado de Carlos II. D. Antonio de Solis en sus Cartas familiares.

§. II.

ESTILO SUBLIME.

El género *sublime* es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor, y de energía, y el que forma la verdadera elocuencia, aquella que domina los ánimos, que arranca las lágrimas, que roba la admiracion y los aplausos. Una oracion puede ser elegante, florida, copiosa, y espléndida; y no por esto será elocuente, porque le falta el espíritu y vigor. Tampoco hemos de tomar por sublime la elocuencia de algunos, tan furiosa, horrible y turbulenta, que mas parece bacanal espíritu que aliento de un ánimo generoso y templado.

No consiste el estilo sublime en una diccion cargada de epítetos ociosos, de frases pomposas, y de palabras altisonantes: esto seria confundir la hinchazon con la grandeza, las galas con la

riqueza, y las flores con el fruto. Si por estilo sublime se entiende como quieren algunos, el adornado y florido; entónces todo el mérito estará en la diccion, y no en las ideas. Corriendo se vendian antiguamente las rosas, porque galas tan caducas no permitian asiento. Y si corriendo se vendian; con mas razon los escritores que las compran, podrian correrse de vergüenza. Los oradores graves, no venden ni compran, sino que desprecian, las flores, que mas sirven al afeite que á la verdad, y aun las que sirven al adorno, se las dejan caer, para sacar á luz á su tiempo el fruto de la doctrina.

No es preciso que en toda una composicion ó discurso domine absolutamente lo sublime, para que tome este nombre y carácter. Basta que el orador mezcle con tal discrecion los tres géneros en los asuntos que corresponden á cada uno, que el sublime reluzca sobre los demas, y nazca del objeto principal de la oracion; y así, hablando con rigor, no hay tal estilo sublime, aunque hay sentencias y conceptos que llevan este nombre. Estos consisten en un modo de pensar elevado, grande, y valiente, hijo de un ánimo noble; arrogante, y generoso. Esta sublimidad es ordinariamente hija de la magnanimidad, ó de la fortaleza. Por esto leemos en los razonamientos y dichos de los príncipes y capitanes de la antigüedad un lenguage verdaderamente heróico.

Habiendo Eucrátres avisado á Sila que su vida, tan odiosa á innumerables familias romanas, peligraba despues de haber renunciado la dictadura, le respondió el arrogante Sila: *Queda aun mi nombre, y éste basta á mi seguridad, y á la del pueblo romano. Este nombre contiene todos*